
MEMORIA COLECTIVA Y MEMORIA HISTORICA*

Maurice Halbwachs

(...) La historia no es todo el pasado, pero tampoco es todo lo que queda del pasado. O, si se quiere, junto a una historia escrita, se encuentra una historia viva que se perpetúa o se renueva a través del tiempo y donde es posible encontrar un gran número de esas corrientes antiguas que sólo aparentemente habían desaparecido. Si no fuera así, ¿tendríamos derecho a hablar de memoria colectiva?, ¿y qué servicio podrían hacernos unos marcos que sólo subsistirían en estado de nociones históricas, impersonales y descarnadas? Los grupos, en cuyo seno antaño se elaboraron unas concepciones y un espíritu que reinaron algún tiempo sobre toda la sociedad, retroceden pronto y hacen sitio a otros que sostienen a su vez, durante un período, el cetro de las costumbres y dan forma a la opinión según nuevos modelos. Podríamos creer que el mundo sobre el que, con nuestros abuelos, nos hemos inclinado se ha retirado de repente. Como apenas nos quedan recuerdos que salgan del círculo familiar del tiempo intermedio entre éste, muy anterior a nuestro nacimiento, y la época en que nuestro espíritu se verá poseído por los intereses nacionales, todo sucede como si, en efecto, hubiera habido una interrupción durante la cual el mundo de los ancianos se borró lentamente, mientras el cuadro se cubría de caracteres nuevos. Consideremos, no obstante, que no haya acaso un medio, ni un estado de los pensamientos o de las sensibilidades de antaño,

* Traducción de un fragmento del capítulo II de *La mémoire collective*, París, PUF, 1968.

del que no subsistan huellas y, más aún, todo lo necesario para recrearlo temporalmente (...).

La vida del niño está más sumida de lo que se cree en medios sociales por los que entra en contacto con un pasado más o menos lejano, que es como el marco en el que están prendidos sus recuerdos más personales. En ese pasado vivido, mucho más que en el pasado aprendido por la historia escrita, podrá apoyarse más tarde su memoria. Si al principio no ha distinguido ese marco y los estados de conciencia en él situados, es muy cierto que, poco a poco, se operará en su espíritu la separación entre su pequeño mundo interno y la sociedad que le rodea. Pero como originalmente esos dos tipos de elementos han estado estrechamente fundidos, se le aparecen todos como formando parte de su yo de niño. No se puede decir que todos los correspondientes al medio social se le presentarán más tarde como un marco abstracto y artificial. En ese sentido, la historia vivida se distingue de la historia escrita: tiene todo lo necesario para constituir un marco vivo y natural en el que un pensamiento puede apoyarse para conservar y encontrar la imagen de su pasado.

Pero ahora debemos ir más lejos. A medida que el niño crece, y sobre todo cuando se hace adulto, participa de manera más distinta y reflexiva en la vida y pensamiento de los grupos de los que en un principio formaba parte sin darse cuenta. ¿Cómo no va a modificarse la idea que tiene de su pasado? ¿Cómo las nociones nuevas que adquiere, nociones de hechos, reflexiones e ideas, no van a reaccionar sobre sus recuerdos? Lo hemos repetido a menudo: el recuerdo es en gran medida una reconstrucción del pasado con la ayuda de datos tomados prestados al presente y preparada, además, por otras reconstrucciones hechas en épocas anteriores de donde la imagen de antaño ha salido ya muy alterada (...). No hay en la memoria vacío absoluto, es decir, regiones de nuestro pasado hasta tal punto fuera de nuestra memoria que toda imagen suya no pueda relacionarse con ningún recuerdo, y sea una imaginación pura y simple, o una representación histórica exterior a nosotros. Nada se olvida, pero esta proposición puede entenderse en sentidos diferentes. Para Bergson, todo el pasado permanece entero en nuestra memoria tal como ha sido para nosotros, pero ciertos obstáculos, en particular el comportamiento de nuestro cerebro, nos impiden evocar todas sus partes. En todo caso, las imágenes de los hechos pasados están enteramente acabadas en nuestro espíritu (en la parte inconsciente de nuestro espíritu) como páginas impresas de un libro que podrían abrirse aun cuando no se abren. Para nosotros, al contrario, lo que persiste son son imágenes totalmente confirmadas en alguna galería subterránea de nuestro pensamiento, sino, en la sociedad, todas las indicaciones necesarias para reconstruir esas partes de nuestro pasado que concebimos de forma incompleta o indistinta o que incluso creemos enteramente salidas de nuestra memoria. ¿De dónde viene que llenemos esas lagunas aparentes cuando el azar nos vuelve a poner en presencia de aquellos que han participado en los mismos hechos, que han sido con nosotros actores o testigos, cuando se nos cuenta o descubrimos de otro modo lo que pasaba entonces en torno nuestro? En realidad, lo que tomábamos

por un espacio vacío sólo era una zona un poco indecisa, de la que nuestro pensamiento se desviaba porque encontraba muy pocos vestigios. Cuando se nos indica con precisión el camino seguido, esos rasgos vuelven a salir, los ligamos, ellos mismos se profundizan y se reúnen. Luego existían, pero estaban más marcados en la memoria de otros que en nosotros mismos. Sin duda reconstruimos, pero esa reconstrucción se opera según líneas ya marcadas y dibujadas por nuestros otros recuerdos o por los recuerdos de los demás. Las imágenes nuevas se esbozan sobre lo que en esos otros recuerdos permanecía, a falta de ellas, indeciso e inexplicable, pero no menos dotado de realidad. Así, cuando recorremos los viejos barrios de una gran ciudad, experimentamos una satisfacción particular en que nos cuenten la historia de esas calles y esas casas. Son otras tantas nociones nuevas, pero pronto nos parecen familiares porque concuerdan con nuestras impresiones y se sitúan sin esfuerzo en el decorado subsistente. Nos parece que el decorado por sí solo habría podido evocarlos y que lo que imaginamos sólo es el desarrollo de lo que ya percibíamos. El cuadro que se extiende ante nuestros ojos estaba cargado de una significación que permanecía oscura para nosotros, pero de la que adivinábamos alguna cosa. Debemos descubrir y explicar la naturaleza de los seres con los que hemos vivido a la luz de toda nuestra experiencia, tal como se ha formado en los períodos siguientes. El nuevo cuadro, proyectado sobre los hechos que ya conocíamos, nos revela más de uno de sus rasgos que, ahí situado, recibe de él una significación más clara. La memoria se enriquece así con esas aportaciones extrañas que, cuando se enraizan y encuentran su lugar, no se distinguen ya de los otros recuerdos.

Para que la memoria de los otros venga así a reforzar y completar la nuestra también hace falta, decíamos, que los recuerdos de esos grupos estén en relación con los hechos que constituyen mi pasado. Cada uno de nosotros, en efecto, es miembro a la vez de varios grupos más o menos grandes. Ahora bien, si fijamos nuestra atención en los grupos más grandes, por ejemplo la nación, aunque nuestra vida y la de nuestros padres o la de nuestros amigos estén comprendidas en la suya, no se puede decir que la nación como tal se interese por los destinos individuales de cada uno de sus miembros. Admitamos que la historia nacional sea un resumen fiel de los acontecimientos más importantes que han modificado la vida de una nación. Se distingue de las historias locales, provinciales, urbanas, en que sólo retiene los hechos que interesan al conjunto de los ciudadanos o, si se quiere, a los ciudadanos en tanto que miembros de la nación. Para que la historia así entendida, incluso si está muy detallada, nos ayude a conservar y a encontrar el recuerdo de un destino individual, es necesario que el individuo considerado haya sido él mismo un personaje histórico. Ciertamente, hay momentos en que todos los hombres de un país olvidan sus intereses, su familia, los grupos restringidos en cuyos límites se detiene de ordinario su horizonte. Hay acontecimientos nacionales que modifican al mismo tiempo todas las existencias. Son escasos. Sin embargo, pueden ofrecer a todos los miembros de un país algunos puntos de referencia en el tiempo. Pero

generalmente la nación está demasiado alejada del individuo como para que considere la historia de su país de otra forma que como un marco muy amplio con el que su historia sólo tiene muy pocos puntos de contacto. En muchas novelas que describen el destino de una familia o de un hombre apenas importa que sepamos en qué época tienen lugar los hechos: no perderían nada de su contenido psicológico si se los transportara de un período a otro. ¿No se intensifica la vida interior en la medida en que se aísla de las circunstancias exteriores, que son las que ocupan un primer plano en la memoria histórica? Si más de una novela o de una obra de teatro son situadas por sus autores en un período varios siglos alejado del nuestro, no es las más de las veces sino fruto de un artificio que busca dejar de lado el marco de los acontecimientos actuales y hacer sentir mejor hasta qué punto el juego de los sentimientos es independiente de los hechos de la historia y se parece a sí mismo a través del tiempo. Si por memoria histórica se entiende la lista de los acontecimientos cuyo recuerdo conserva la historia nacional, no es ella, no son sus marcos los que representan lo esencial de lo que llamamos memoria colectiva.

Pero entre el individuo y la nación hay muchos otros grupos, más restringidos que ésta, que también tienen su memoria y cuyas transformaciones actúan mucho más directamente sobre la vida y el pensamiento de sus miembros (...). Cada hombre está sumido, al mismo tiempo o sucesivamente, en varios grupos. Por otra parte, cada grupo se divide y se afianza en el tiempo y en el espacio. En el interior de esas sociedades se desarrollan otras tantas memorias colectivas originales, que mantienen por algún tiempo el recuerdo de acontecimientos que sólo tienen importancia para ellas, pero que interesan tanto más a sus miembros cuanto menos numerosos son. Mientras en una gran ciudad es fácil pasar desapercibido, los habitantes de un pueblo no paran de observarse y la memoria de su grupo graba fielmente todo lo que puede alcanzar de los hechos y gestos de cada uno de ellos, porque reaccionan sobre toda esa pequeña sociedad y contribuyen a modificarla. En medios semejantes todos los individuos piensan y recuerdan en común. Cada uno, sin duda, tiene su perspectiva, pero en relación y correspondencia tan estrechas con la de los otros que, si sus recuerdos se deforman, le basta situarse en el punto de vista de los otros para rectificarlos.

De todo lo que precede resulta que la memoria colectiva no se confunde con la historia y que la expresión memoria histórica no ha sido una elección muy acertada, puesto que asocia dos términos que se oponen en más de un punto. La historia es, sin duda, la colección de los hechos que más espacio han ocupado en la memoria de los hombres. Pero leídos en los libros, enseñados y aprendidos en las escuelas, los acontecimientos pasados son elegidos, cotejados y clasificados siguiendo necesidades y reglas que no eran las de los grupos de hombres que han conservado largo tiempo su depósito vivo. En general, la historia sólo comienza en el punto en que acaba la tradición, momento en que se apaga o se descompone la memoria social. Mientras un recuerdo subsiste es inútil fijarlo por escrito, ni siquiera fijarlo pura y simplemente. Sólo se des-

pierta la necesidad de escribir la historia de un período, de una sociedad y hasta de una persona cuando están ya lo bastante lejos en el pasado como para tener la suerte de encontrar mucho tiempo aún en nuestro entorno testigos suficientes que conserven algún recuerdo de ello. Cuando la memoria de una serie de hechos ya no tiene como soporte un grupo —ese mismo grupo que estuvo implicado o que sufrió las consecuencias, que asistió o recibió un relato vivo de los primeros actores y espectadores—, cuando se dispersa en algunos espíritus individuales, perdidos en sociedades nuevas a las que esos hechos ya no interesan, porque les son decididamente exteriores, entonces el único medio de salvar tales recuerdos es fijarlos por escrito en una narración ordenada ya que, si las palabras y los pensamientos mueren, los escritos permanecen. Si la condición necesaria para que haya memoria es que el sujeto que recuerda, individuo o grupo, tenga la sensación de remontarse por sus recuerdos en un movimiento continuo, ¿cómo la historia sería una memoria, si hay una solución de continuidad entre la sociedad que lee esa historia y los grupos que antaño fueron testigos o actores de los acontecimientos referidos?

Ciertamente, uno de los objetos de la historia puede ser precisamente tender un puente entre el pasado y el presente y restablecer la continuidad interrumpida. Pero ¿cómo recrear unas corrientes de pensamiento colectivo que tomaban su impulso en el pasado, cuando sólo hacemos mella en el presente? Gracias a un trabajo minucioso, los historiadores pueden encontrar y poner al día una cantidad de hechos, grandes y pequeños, que se creían definitivamente perdidos, sobre todo si han tenido la suerte de descubrir unas memorias inéditas. Sin embargo, cuando, por ejemplo, las *Memorias de Saint-Simon* fueron publicadas a principios del siglo XIX, ¿se puede decir que la sociedad francesa de 1830 retomó realmente contacto, un contacto vivo y directo, con el final del XVII y el tiempo de la Regencia? ¿Qué ha pasado de esas *Memorias* a las historias elementales, las que son leídas por un número bastante grande de hombres como para crear estados colectivos de opinión? El único efecto de tales publicaciones es hacernos comprender hasta qué punto estamos alejados de quien escribe y de los que describe. No basta con que algunos individuos dispersos hayan consagrado a esta lectura mucho tiempo y esfuerzo de atención para derribar las barreras que nos separan de esa época. El estudio de la historia así entendido sólo está reservado a algunos especialistas y, aunque existiera una sociedad de lectores de las *Memorias de Saint-Simon*, estaría decididamente demasiado limitada como para alcanzar a un público numeroso.

La historia que quiere ceñir de cerca el detalle de los hechos se vuelve erudita y la erudición sólo es significativa para una pequeña minoría. Si, al contrario, se atiene a conservar la imagen del pasado que puede tener todavía un sitio en la memoria colectiva de hoy, sólo retiene lo que todavía interesa a nuestras sociedades, es decir, en suma, muy poca cosa.

La memoria colectiva se distingue de la historia al menos en dos aspectos. Es una corriente de pensamiento continua, con una continuidad que no tiene nada de artificial, puesto que retiene del pasado sólo lo que aún está vivo o es

capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene. Por definición, no excede los límites de ese grupo. Cuando un período deja de interesar al período que sigue, no es un mismo grupo el que olvida una parte de su pasado: hay en realidad dos grupos sucesivos. La historia divide la serie de siglos en períodos, como la materia de una tragedia se distribuye en varios actos. Pero mientras que en una obra la misma acción prosigue de un acto a otro, con los mismos personajes que permanecen hasta el desenlace conformes a su carácter y cuyos sentimientos y pasiones progresan en un movimiento ininterrumpido, en la historia tenemos la impresión que, de un período al otro, todo se ha renovado: intereses en juego, dirección de los espíritus, modos de apreciación de los hombres y de los hechos, tradiciones y perspectivas de futuro. Y si, en apariencia, los mismos grupos reaparecen, es porque subsisten las divisiones exteriores resultantes de los lugares, los nombres y también de la naturaleza general de la sociedad. Pero los hombres que constituyen un mismo grupo en dos períodos sucesivos son como dos tramos puestos en contacto por sus extremidades opuestas, que no se reúnen de otro modo, ni forman realmente un mismo cuerpo.

Sin duda, en la sucesión de las generaciones no se ve al principio razón suficiente para que su continuidad se interrumpa en un momento más que en otro, pues el número de nacimientos apenas varía de un año a otro, de manera que la sociedad se parece a esos hilos obtenidos haciendo deslizarse, una sobre otra, una serie de fibras animales o vegetales, de forma que se alternen regularmente; o, mejor, al tejido que resulta del entrecruzamiento de todos esos hilos. Es verdad que el tejido de algodón o de seda se divide y las líneas de división corresponden al final de un motivo o de un dibujo. ¿Ocurre lo mismo con la serie de las generaciones?

La historia, que se sitúa fuera de los grupos y por encima de ellos, no vacila en introducir en la corriente de los hechos divisiones simples, cuyo lugar se fija de una vez por todas. Al hacer eso sólo obedece a una necesidad didáctica de esquematización. Parece que considera cada período como un todo, independiente en gran parte del que le precede y del que sigue, porque tiene una obra, buena, mala o indiferente, que llevar a cabo. Mientras que esta obra no esté acabada, mientras que tales situaciones nacionales, políticas, religiosas, no hayan desarrollado todas sus consecuencias, jóvenes y ancianos se encerrarán en el mismo horizonte, a pesar de las diferencias de edad. Cuando se termine y se ofrezcan o se impongan nuevas tareas, las nuevas generaciones se encontrarán en una vertiente distinta de las precedentes. Hay algunos retrasados. Pero los jóvenes arrastran consigo incluso a una parte de los adultos de más edad, que se apresuran como si temieran «perder el tren». A la inversa, los que se distribuyen entre las dos vertientes, aun cuando estén muy cerca de la línea que los separa, no se perciben mejor, se ignoran los unos a los otros como si estuvieran situados más abajo, unos en una cuesta, los otros en otra; es decir, más lejos en el pasado y en lo que ya no es el pasado o, si se quiere, en puntos más alejados uno del otro sobre la línea sinuosa del tiempo.

No todo es inexacto en este cuadro. Vistos de lejos y en conjunto, pero, sobre todo, vistos desde fuera, contemplados por un espectador que no forma parte de los grupos que observa, los hechos se dejan agrupar en conjuntos sucesivos y separados, teniendo cada período un principio, un centro y un fin. Pero la historia, a la que, por un lado, interesan sobre todo las diferencias y las oposiciones, remite y concentra en una figura individual rasgos dispersos en el grupo, de manera que resulten bien visibles, y, por el otro, concentra y remite a un intervalo de algunos años transformaciones que en realidad se realizaron en un tiempo mucho más largo. Es posible que al día siguiente de un acontecimiento que ha conmocionado, destruido en parte o renovado la estructura de una sociedad, comience otro período. Pero sólo nos daremos cuenta más tarde, cuando, en efecto, una sociedad nueva haya sacado de ella misma nuevos recursos y se haya propuesto otros fines. Los historiadores no pueden tomar en serio esas líneas de separación, ni figurarse que los que vivían durante los años que ellas atraviesan las han percibido, como ese personaje de una comedia que grita: «¡Hoy comienza la guerra de los cien años!». ¿Quién sabe si después de una guerra, de una revolución, que han cavado una fosa entre dos sociedades humanas, como si una generación intermedia hubiera desaparecido, la sociedad joven o la parte joven de la sociedad, con la parte de más edad, no se preocupará sobre todo de borrar las huellas de esa ruptura, acercar las generaciones extremas y mantener a pesar de todo la continuidad de la evolución? Es necesario que la sociedad viva; aun cuando las instituciones sociales estuvieran profundamente transformadas, y sobre todo cuando lo estén, el mejor medio de hacer que se enraizen es apuntalarlas con todo lo que pueda retomarse de las tradiciones. Entonces, tras la crisis, nos repetimos: hay que volver a empezar en el punto en que fuimos interrumpidos, hay que retomar las cosas a pie de obra. Y durante algún tiempo, en efecto, nos figuramos que nada ha cambiado porque hemos reanudado el hilo de la continuidad. Esta ilusión, de la que pronto nos desharemos, habrá permitido al menos pasar de una etapa a otra sin que la memoria colectiva haya percibido, en ningún momento, la interrupción.

En realidad, en el desarrollo continuo de la memoria colectiva no hay, como en la historia, líneas de separación claramente trazadas, sino solamente límites irregulares e inciertos. El presente (entendido como extendiéndose sobre una cierta duración, la que interesa a la sociedad de hoy) no se opone al pasado del mismo modo en que se distinguen dos períodos históricos vecinos. Pues el pasado ya no existe, mientras que para el historiador los dos períodos tienen tanta realidad el uno como el otro. La memoria de una sociedad se extiende hasta donde ella puede, es decir, hasta donde alcanza la memoria de los grupos de que está compuesta. No es por mala voluntad, antipatía, repulsión o indiferencia por lo que olvida tal cantidad de acontecimientos y personajes antiguos. Es porque los grupos que conservaban su recuerdo han desaparecido. Si la duración de la vida humana se doblara o triplicara, el campo de la memoria colectiva, medido en unidades de tiempo, sería mucho más extenso.

Por otra parte, no es evidente que esta memoria extensa tendría un contenido más rico si la sociedad, ligada por tantas tradiciones, evolucionara con mayor dificultad. Asimismo, si la vida humana fuera más corta, una memoria colectiva que cubriera una duración más restringida tal vez no se empobrecería, porque en una sociedad, así aligerada, los cambios se precipitarían. En todo caso, como la memoria de una sociedad se desmorona lentamente en los bordes que marcan sus límites —a medida que sus miembros individuales, sobre todo los más ancianos, desaparecen o se aíslan—, no cesa de transformarse y el grupo mismo cambia sin parar. Además, es difícil decir en qué momento un recuerdo colectivo ha desaparecido y si ha salido decididamente de la conciencia del grupo, precisamente porque basta con que se conserve en una parte limitada del cuerpo social para que podamos encontrarlo siempre.

En efecto, hay varias memorias colectivas; es la segunda característica por la que se distinguen de la historia. La historia es una y se puede decir que sólo hay una historia. Esto es lo que nosotros entendemos. Ciertamente, se puede distinguir la historia de Francia, la historia de Alemania, la historia de Italia y aun la historia de tal período o de tal región, de una ciudad (y hasta de un individuo). Se le reprocha a veces a la labor histórica este exceso de especialización y el gusto extremo por el estudio detallado que se desvía del conjunto y, de alguna manera, toma la parte por el todo. Pero observemos de más cerca. Lo que justifica a los ojos del historiador esas investigaciones minuciosas es que, detalle tras detalle, se irá alcanzando un conjunto, que este conjunto se sumará a otros y que, en el cuadro total que resultará de todas las sucesivas sumas, nada estará subordinado a nada, cualquier hecho será tan importante como cualquier otro y merecerá igualmente ser señalado y transcrito. Ahora bien, una apreciación así resulta de no situarse bajo el punto de vista de ninguno de los grupos reales y vivos existentes, o que han existido, para quienes, por el contrario, todos los hechos, todos los lugares y todos los períodos distan de presentar la misma importancia, ya que no les afectan de la misma manera. Pero un historiador está resuelto a ser objetivo e imparcial. Aun escribiendo la historia de su país, se esfuerza en reunir un conjunto de hechos que podrá ser yuxtapuesto a cualquier otro conjunto, a la historia de otro país, de tal forma que no haya entre ellos ninguna solución de continuidad y que en el cuadro total de la historia de Europa se encuentre, no la reunión de varios puntos de vista nacionales sobre los hechos, sino más bien la serie y totalidad de los hechos tal como son, no para tal país o para tal grupo, sino independientemente de todo juicio grupal. Y así, en semejante cuadro, las divisiones mismas que separan los países son hechos históricos con el mismo título que los otros. Todo está entonces en el mismo plano. El mundo histórico es como un océano donde desembocan todas las historias parciales. No es sorprendente que en el origen de la historia, e incluso en todas las épocas, se haya pensado en escribir tantas historias universales. Tal es la orientación natural del espíritu histórico. Tal es la pendiente fatal por la que sería arrastrado todo historiador si no se retuviera en el marco de trabajos más limitados, por modestia o por falta de inspiración.

Ciertamente, la musa de la historia es Polimnia. La historia puede representarse como la memoria universal del género humano. Pero no hay memoria universal. Toda memoria colectiva tiene por soporte un grupo limitado en el espacio y en el tiempo. Sólo se puede juntar en un único cuadro la totalidad de los hechos pasados si se desprenden de la memoria de los grupos que conservaban su recuerdo, si se cortan las amarras por las que estaban unidos a la vida psicológica de los medios sociales donde se produjeron, si se retiene sólo el esquema cronológico y espacial. No se trata ya de revivirlos en su realidad, sino de resituarlos en los marcos en los que la historia dispone los hechos, marcos que permanecen exteriores a los grupos mismos, de definirlos oponiéndolos unos entre sí. Es decir, la historia se interesa sobre todo por las diferencias y hace abstracción de las semejanzas, sin las que no habría memoria, ya que sólo nos acordamos de los hechos que tienen como rasgo común el pertenecer a una misma conciencia. A pesar de la variedad de lugares y tiempos, la historia reduce los hechos a términos aparentemente comparables, lo que le permite unirlos como variaciones sobre uno o algunos temas. Sólo así consigue darnos una visión resumida del pasado, reuniendo en un instante, simbolizando en algunos cambios bruscos, en algunos comportamientos de pueblos y de individuos, lentas evoluciones colectivas. De esta forma nos presenta una imagen única y total.

Para hacernos una idea, por el contrario, de la multiplicidad de memorias colectivas, imaginemos lo que sería la historia de nuestra vida si, mientras la contamos, nos paráramos cada vez que nos acordáramos de uno de los grupos por el que hemos pasado para examinarlo en él mismo y decir todo lo que de él sabemos. No bastaría con distinguir algunos conjuntos: nuestros padres, la escuela, el instituto, nuestros amigos, los hombres de nuestra profesión, nuestras relaciones mundanas, y aun tal o cual sociedad política, religiosa, artística a la que hemos podido vincularnos. Esas grandes divisiones son cómodas, pero responden a una visión de la realidad todavía exterior y simplificada. Esas sociedades constan de grupos mucho más pequeños que sólo ocupan una parte del espacio y sólo hemos estado en contacto con una sección local de uno de entre ellos. Se transforman, se segmentan, de forma que incluso cuando nos quedamos en el mismo lugar, cuando no salimos de un grupo, sucede que, por la renovación lenta o rápida de sus miembros, se vuelve realmente otro grupo que tiene pocas tradiciones comunes con los que lo constituían al principio. Así es como, viviendo largo tiempo en una misma ciudad, se tienen nuevos y viejos amigos; y hasta en el interior de una familia, los lutos, los matrimonios, los nacimientos son como otros tantos puntos de partida sucesivos y nuevos comienzos. Ciertamente, esos grupos más recientes sólo son a veces subdivisiones de una sociedad que se ha extendido, ramificado, a la que se han incorporado nuevos conjuntos. Discernimos en ellos, sin embargo, zonas distintas y cuando pasamos de uno a otro, no son las mismas corrientes de pensamiento ni las mismas series de recuerdos las que atraviesan nuestro espíritu. Es decir, la mayor parte de esos grupos, aun cuando no estén divididos actualmente, como

decía Leibniz, representan, sin embargo, una especie de materia social indefinidamente divisible y según las líneas más diversas.

Consideremos ahora el contenido de esas memorias colectivas múltiples. No diremos que, a diferencia de la historia, o si se quiere de la memoria histórica, la memoria colectiva sólo retiene las semejanzas. Para que se pueda hablar de memoria hace falta que las partes del período sobre el que se extiende estén en alguna medida bien diferenciadas. Cada uno de esos grupos tiene una historia. Se distinguen figuras y hechos. Pero lo que nos llama la atención es que en la memoria las similitudes pasan a un primer plano. En el momento en que considera su pasado, el grupo siente claramente que ha seguido siendo el mismo y toma conciencia de su identidad a través del tiempo. La historia, lo hemos dicho, deja de lado esos intervalos en los que, en apariencia, no pasa nada, en los que la vida se limita a repetirse bajo formas un poco diferentes, pero sin alteración esencial, sin ruptura ni conmoción. Pero el grupo, que vive primero y sobre todo para sí mismo, aspira a perpetuar el sentimiento y las imágenes que forman la sustancia de su pensamiento. Entonces el tiempo transcurrido, en cuyo curso nada le ha modificado profundamente, ocupa el mayor espacio en su memoria. Así, los acontecimientos que pueden producirse en una familia y los diversos comportamientos de sus miembros, sobre los que se insistiría si se escribiera la historia de la familia, extraen todo su sentido de permitir al grupo de los parientes la expresión de la existencia de un carácter propio, distinto de todos los demás y que apenas cambia. Al contrario, si el acontecimiento, si la iniciativa de uno o de algunos de sus miembros o, en fin, si circunstancias exteriores introdujeran en la vida del grupo un elemento nuevo, incompatible con su pasado, se originaría otro grupo, con una memoria propia donde sólo subsistiría un recuerdo incompleto y confuso de lo que precedió a esa crisis.

La historia es un cuadro de cambios y es natural que se persuada de que las sociedades cambian sin cesar, porque fija su mirada en el conjunto y casi no pasa año en que, en una región de ese conjunto, no se produzca alguna transformación. Ahora bien, ya que para la historia todo está ligado, cada una de esas transformaciones debe reaccionar sobre las otras partes del cuerpo social y preparar, aquí o allí, un nuevo cambio. En apariencia, la serie de los acontecimientos históricos es discontinua, estando cada hecho separado del que le precede o sigue por un intervalo, en que no podemos creer que nada se haya producido. En realidad, los que escriben la historia y observan sobre todo los cambios, las diferencias, comprenden que, para pasar de unos a otros, hace falta que se desarrolle una serie de transformaciones de las que la historia sólo percibe la suma (en el sentido del cálculo integral) o el resultado final. Tal es el punto de vista de la historia porque examina el grupo desde fuera y abarca una duración bastante larga. La memoria colectiva, por el contrario, es el grupo visto desde dentro y durante un período que no supera la duración media de la vida humana, que le es, las más de las veces, muy inferior. Presenta al grupo un cuadro de sí mismo que, sin duda, se extiende en el tiempo, porque se trata de

su pasado, pero de modo que se reconozca siempre en esas imágenes sucesivas. La memoria colectiva es un cuadro de semejanzas y es natural que se persuada de que el grupo permanece, ha permanecido idéntico, porque ella fija su atención en el grupo y lo que ha cambiado son las relaciones o contactos del grupo con los otros. Ya que el grupo sigue siendo el mismo, es necesario que los cambios sean aparentes; los cambios, es decir, los hechos que se han producido en el grupo, se resuelven ellos mismos en similitudes, pues parecen cumplir el papel de desarrollar, bajo diversos aspectos, un contenido idéntico, es decir, los diversos rasgos fundamentales del grupo mismo.

Por lo demás, ¿cómo sería posible una memoria?; ¿no es paradójico pretender conservar el pasado en el presente o introducir el presente en el pasado, si no son dos zonas de un mismo ámbito y si el grupo, en la medida en que entra en sí mismo y toma consciencia de sí al recordar, aislándose de los demás, no tendiera a encerrarse en una forma relativamente inmóvil? Sin duda, es víctima de una ilusión cuando cree que las semejanzas prevalecen sobre las diferencias, pero le es imposible darse cuenta, ya que la imagen que antaño se hacía de sí mismo se ha transformado lentamente. Pero aunque el marco se haya extendido o estrechado, en ningún momento se ha roto y siempre se puede admitir que el grupo, poco a poco, ha fijado su atención en partes de sí mismo que antaño estaban en un segundo plano. Lo esencial es que los rasgos que lo distinguen de los otros subsistan y estén impregnados en todo su contenido. ¿No es verdad que cuando debemos apartarnos de uno de esos grupos (no de forma momentánea, sino porque se dispersa, sus últimos miembros desaparecen o un cambio de lugar, de carrera, de simpatías o de creencias nos obliga a decirle adiós), cuando recordamos entonces todo el tiempo que hemos pasado juntos, esos recuerdos se nos ofrecen como de una sola pieza, incluso nos parece a veces que los más antiguos son los más próximos, o más bien que todos se aclaran con una luz uniforme, como objetos fundiéndose juntos en el recúsculo...?

(Traducido por Amparo LASÉN DÍAZ.)

CRITICA DE LIBROS